

ARZOBISPO  
*Braulio Rodríguez Plaza*

## **Homilía**

I JORNADAS CATÓLICOS Y VIDA PÚBLICA 2007

# **I Jornadas Católicos y Vida Pública 2007**

24 de febrero de 2007

---

La Cuaresma —preparación a la Pascua de los que reciben la vida nueva y resucitada de Cristo o renovación profunda de ésta en los que ya hemos recibido los sacramentos de iniciación cristiana— es una magnífica oportunidad de descubrir con asombro las posibilidades de nuestra fe, para cada uno en particular, para nuestra Iglesia e igualmente para nuestra sociedad. En este horizonte son oportunas unas palabras de Madre Teresa de Calcuta:

*«Como recuerda san Francisco, cada uno de nosotros somos lo que somos ante Dios, ni más ni menos. Todos somos llamados a ser santos... Todos hemos sido creados a imagen de Dios para amar y ser amados... No podemos renovarnos interiormente si no tenemos la humildad de reconocer aquello que necesita ser renovado»* ("Nada hay más grande que el amor").

¿De qué somos tentados hoy los católicos en nuestro mundo? El Tentador nunca ha sido demasiado original desde que conspiró junto al árbol del bien y del mal; tampoco en las tentaciones de Jesús: presenta a un Dios mezquino, que no es Dios, queriendo halagar y engañar. Jesús le rechaza con elegancia y decisión. Pero como *«el Demonio se marchó hasta otra ocasión»*, vuelve siempre persistente; también hoy. Lógicamente aprovecha toda ocasión para tentarnos. ¿Tendrá éxito? Lo tiene de hecho, en primer lugar, porque nos cuesta la lucha, el esfuerzo, y con frecuencia rehuimos afrontar las tentaciones con la fortaleza que proviene del Espíritu

Vayamos a la *cultura*, esa forma en que el hombre se da a sí mismo razón de su tarea en el mundo, de su responsabilidad con el prójimo y de su último destino. Es la cultura elemento constituyente de la vida humana, es voluntad de sentido, capaz de crear nuevas realidades. Es una tarea ciertamente importante para la fe, pero ¿quién quiere implicarse en ella a fondo, donde debe prevalecer lo gratuito, la belleza, la esperanza y lo sublime para sobreponerse a lo absurdo, a la manipulación de la sociedad, al simple consumismo cultural, para apelar a lo objetivo, lo humano, a la libertad en definitiva? Muchas veces los católicos imitamos conductas pasadas: «*Que creen cultura ellos*». Así, el Evangelio sufre el divorcio entre la fe y la cultura y, de este modo, muchos jóvenes no aciertan a seguir a Cristo, porque este seguimiento es culturalmente muy difícil en su mundo.

Otra potencia decisiva para la vida humana es la moral, tal vez la primera. La moral es la ordenación al bien, a la verdad, a la perfección, al reconocimiento de la dignidad del prójimo. La moral abre el horizonte más allá de las fronteras que los poderes o carencias de la vida imponen; rompe las mentiras que desde fuera nos indican, desenmascara a los violentos, invocando la justicia y las leyes eternas. Ante las dificultades que supone luchar por una moral basada en el ser del hombre, en la persona humana, huimos con frecuencia a escondernos en una moral *ad hoc*; en otras ocasiones somos incapaces de encarar o trascender la moral de la cultura dominante, porque nos hacemos impopulares.

¿Y no es importante la política? Sí lo es, pero esta actividad pública sin las dimensiones éticas y religiosas no es verdaderamente creadora y liberadora. La tentación de muchos de los que emprenden la noble actividad política es anular o no apoyar la verdadera ciencia, es vivirla sin una ética de la persona humana, dejándose dominar por los programas del partido o de la cultura dominante. Deber de la política es establecer primacías a la luz de las necesidades reales de la gente y ayudar a aquéllos que con menos medios o con carencias severas no pueden ayudarse a sí mismos. Plegarse al poder, sucumbir al chantaje, no rechazar el ascenso ofrecido a cambio de traicionar las convicciones de la propia conciencia, preferir las riquezas con dolo a la pobreza con dignidad: he aquí tentaciones nuestras cuando actuamos en la vida pública.

Los cristianos en la vida pública deben ser acompañados por la comunidad cristiana, pues esa tarea

**vado**, de lo que se puede prescindir; o, por otro, que utilizamos nuestra fe en provecho propio, sin distinguir bien los campos. Igualmente, por no tener claras esas modalidades de servicio al hombre, constatamos en ocasiones como en las democracias modernas occidentales existe una tendencia a considerar a las Iglesias u otras instancias religiosas simplemente como realidades **privadas**, que defienden valores **privados**. Como cristianos, y por serlo, somos ciudadanos de este mundo, aunque no tengamos aquí patria permanente (cf. Hb 13,13).